

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE



VIDA Y OBRA

YO JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

RAICES Y ALAS

* **PRIMEROS PASOS**

Hola. Me llamo Juan Bautista De La Salle. Nací en Francia en un momento histórico bastante diferente del que tú vives hoy. Fue un 30 de abril de 1651. Como ves, hace más de trescientos cincuenta años. Los historiadores llaman a esta época la Edad de Oro del Gran Monarca Luis XIV La ciudad de Reims, famosa por sus vinos, sus telas y su catedral, me vio nacer y gatear mis primeros pasos.

Europa era entonces un rompecabezas de reinos en constantes luchas entre sí. Había países católicos como Francia, España, Austria e Italia; países protestantes como Alemania y otras regiones del norte. Yo nací en Francia, así que soy católico.

Durante mi infancia, mi país se recuperaba de las heridas de una guerra civil y religiosa. En Reims había pocos protestantes y yo no entendía muy bien las razones de por qué muchos grupos políticos y religiosos no conseguían ponerse de acuerdo.

De niño me encantaba el ajetreo de la gran ciudad, disfrutaba con las procesiones organizadas en honor de San Remigio tras la epidemia de 1659; me gustaba ir de compras con mis hermanos pequeños y amigos, ver los fuegos artificiales lanzados con motivo del tratado de los Pirineos o correr detrás de los carruajes de los novios, camino de la catedral de Nuestra Señora. También me gustaba el vino. Lo llamábamos "champagne" porque se producía en la región de Champagne, que era donde yo vivía. Seguro en tu país el champagne sólo se sirve en las grandes ocasiones; en mi tiempo, lo tomábamos todos los días de la semana.

Así pues, fui un joven de ciudad, y cuando años más tarde fundé las Escuelas, preferí las ciudades a los pueblos pequeños, porque en ellas siempre había más cosas que hacer, más gente que conocer, y también mayor miseria y necesidad.

Tuve una familia estupenda, unos padres, abuelos, hermanas y hermanos encantadores. Mi padre era juez siempre se mostraba compasivo con los acusados, y creo que su afición a la música y a las artes le hacía sentirse más sensible aún hacia la gente que juzgaba. Era, de verdad, un hombre justo en todo el sentido de la palabra. Mi madre fue también una gran mujer, siempre preocupada y amante de su familia. Mis abuelos maternos fueron de esa clase de abuelos que todo niño debería tener en su vida, siempre transmitiendo

cariño y dando ánimos a los nietos. A veces pienso que fui el favorito de mi abuelo. Con frecuencia, me llevaba a visitar los viñedos que tenía y le encantaba enseñarme a recitar oraciones. Él se sabía de memoria las oraciones de la iglesia, lo que se llamaba el Oficio, y me enseñó a mía recitarlo también.

En total tuve diez hermanas y hermanos, pero cuatro de ellos murieron de pequeños. De los siete que sobrevivimos, yo fui el mayor.

Desde muy joven tuve que asumir una buena parte de responsabilidad sobre la vida de mi familia. Algunos dicen que fui un muchacho demasiado serio; la verdad es que no tuve todo el tiempo que hubiera deseado para jugar y pasarlo bien; siempre estuve ocupado con asuntos familiares y ayudando a mis hermanos en sus estudios. Si eres el hijo mayor en tu familia, seguro que me entiendes bien.

No recuerdo gran cosa de mi infancia. Nada realmente importante ocurrió en aquellos años de mi vida. Imagino que todo lo que se puede decir es que era un chico despierto, que iba a la escuela, jugaba, comía y dormía en casa con mi familia. Los historiadores dicen que me tocó vivir en la Edad de Oro francesa, pero te diré que no hubo nada de espectacular en mi vida. Yo no conocí a la gente famosa de aquel tiempo. Mis padres se tomaban la vida en serio y querían mucho a sus hijos. Pertenecían a una clase social acomodada pero, ciertamente, no a las acaudaladas. De todos modos, para cualquier pobre de aquellos tiempos, nosotros éramos muy ricos.

*** FRANCIA EN EL S. XVII**

A pesar de 'que había mucha ignorancia y superstición, en toda Francia se vivía en un clima muy religioso. Hoy, el acceso generalizado de los niños a la educación hace que las dos primeras cosas vayan desapareciendo en muchos países. En cuestión de religiosidad, había varios líderes religiosos a quienes la gente seguía según defendieran una u otra doctrina. Mis padres eran cristianos convencidos y su influencia hizo que ya en mis años de seminarista enseñara el Catecismo a los niños de la calle en París y que, de mayor, me animara a abrir escuelas para niños que no sabían leer ni escribir.

En general, se puede decir que el mío era un mundo con una visión positiva de la vida, en el que la mayoría de la gente tenía la idea de caminar segura hacia un sitio donde la fiesta ya había empezado y el mejor vino estaba a punto de ser servido. Pensar en ese lugar futuro, al que se le llamaba cielo, nos animaba a beber buen vino en las comidas y a reír y bailar en nuestras casas. Las fiestas solían ser muy suntuosas. Nuestros héroes y heroínas en aquellos días eran los santos y santas. A mi abuela le encantaba leerme la "Vida de los Santos" cuando yo era muy pequeño. Quería que yo, su nieto, llegara a ser un héroe, pero nunca lo conseguí.

Pero había una cosa que, más que molestarme, me confundía en aquel siglo XVII. La diferencia entre los ricos y los pobres era abismal. En tu país, seguro que la

llamada clase media es la más numerosa; en mi tiempo sólo existían ricos y pobres. Los primeros muy ricos y los segundos extremadamente pobres. Los ricos miraban con desprecio a los pobres y los pobres miraban a los ricos con odio.

Un ciudadano normal no sabía ni leer ni escribir. Ambas cosas se consideraban un lujo innecesario y a los ricos les gustaba que las cosas estuvieran y continuaran así. "Cada uno en su sitio", decían ellos. Las escuelas eran malas y los maestros peores. Setenta años después de mi muerte estallarían la Revolución francesa debido precisamente a estos gravísimos desequilibrios e injusticias sociales.

La jerarquía eclesiástica estaba muy ligada al poder del Estado en todo y, por lo general, se ponía más del lado de los ricos que de los pobres. Los clérigos, fueran nobles de nacimiento o no, frecuentemente se comportaban como grandes señores.

Te confieso que, al principio, yo mismo menospreciaba a los que eran más pobres que yo, hasta que tuve la oportunidad de conocer a unos buenos amigos que pensaban distinto y en enseñar a los hijos de los artesanos y los pobres. En mi juventud me asocié sobre todo con la gente que vivía bastante bien. Vestía elegantemente y, una vez, hasta me llamaron la atención en clase por ir excesivamente arreglado. No es que me las diera de alta nobleza, pero algo había de eso.

Ya te dije antes que apenas pude disfrutar de mi niñez y juventud por ser el hijo mayor de la familia. Como era tradición en mi tiempo, fui a estudiar a un colegio llamado "Bonorum Puerorum" nombre que se puede traducir hoy por algo así como Colegio para "Niños Bien". Seguro que no te costará mucho trabajo imaginar a qué se refería este "Bien". El nombre no siempre era adecuado, puesto que ni todos eran "niños bien" ni todos eran niños. Allí estudié todo lo que se podría considerar como escuela primaria, secundaria y parte de la universidad.

Me creas o no, a la "avanzada" edad de 11 años, recibí la tonsura. Te lo explico. Se trata de una ceremonia en la que te cortaban el pelo de la coronilla de la cabeza y eso quería decir que estabas destinado a ser sacerdote o, ¿quién sabe?, tal vez incluso obispo. En aquel momento no tenía ni idea de lo que significaba ser sacerdote; pero, lo mismo que tú cuando tenías esa edad, yo también jugaba con mis amigos a ser mayor y más de una vez hice de cura. A los 15 años, sin embargo, lo tomé más en serio cuando un tío mío me cedió su prebenda de canónigo en el cabildo de la catedral de Reims, uno de los más ilustres de Francia. Este tipo de cosas eran consideradas más como una beca diocesana que como un trabajo, ya que se les concedía a los jóvenes para animarles a seguir la carrera sacerdotal y ayudarles económicamente en sus estudios en el seminario. Con

todo, no pienses que se trataba sólo de un título honorífico; me exigía cinco horas diarias de dedicación en la catedral. A mí me agradaba, entre otras cosas, porque rompía la monotonía de mi vida, porque me gustaba orar y en parte también porque me traía recuerdos de cuando rezaba con mi abuelo.

A los 18 años me gradué en la Universidad de Reims.

Fue la culminación de los estudios realizados en el Colegio "Bonorum Puerorum". Por aquel entonces, teníamos muchas horas y muchos días de clase al año, por lo que, salvando las distancias, puede ser que a los 18 años tuviéramos un nivel educativo algo mejor del que se tiene hoy a la misma edad.

De todos modos, este título sólo quería decir que estabas preparado para ir a la universidad. A los 19 años dejé mi casa y me encaminé a París para realizar los estudios sacerdotales. En un principio pensé en ser juez, como mi padre, pero pudo más un fuerte sentimiento interior hacia el sacerdocio. Si quieres, puedes denominarlo como "un llamado", algo silencioso, parecido más al susurro de una brisa que a un grito.

Mis padres no pusieron demasiada resistencia; y eso que en aquellos tiempos, sólo los hijos menores podían dejar la familia para entrar en el ejército o hacerse clérigos. Los primogénitos, como yo, debían continuar la profesión del padre y heredar sus títulos y riquezas.

* **Cambio de planes**

Algunos acontecimientos familiares cambiarían un año después todos mis planes. Mi madre fallecía a los 36 años y al año siguiente moría mi padre con 47 años. No me gusta demasiado hablar sobre aquellos tiempos, ya que, como puedes imaginar, fue una de las épocas más tristes y dolorosas de mi vida. Piensa que yo sólo tenía 20 años. Como consecuencia de esta situación, tuve que abandonar a los buenos amigos que había hecho en el seminario de San Sulpicio de París y volver a casa, a hacerme cargo de mis hermanos y hermanas. Todo esto cambió mucho mi vida. Mi padre tuvo el cuidado de dejar todos los asuntos legales arreglados y me nombró responsable del cuidado de mis hermanos y de gestionar nuestras propiedades.

Así que, a los 21 años, era el cabeza de familia y, a la vez me preparaba para el sacerdocio. Según la ley francesa de aquellos tiempos, yo aún era menor de edad. La mayoría se alcanzaba a los 25 años.

La mejor definición que se me ocurre de la verdadera herencia que recibí de mis padres, tal vez podría expresarse con las palabras "raíces y alas".

Todos estos acontecimientos me hicieron más serio de lo que yo era en realidad a esa edad; no obstante, mis hermanos, hermanas y mis abuelos me

alentaron muchísimo. De ellos aprendí a animar y alegrar la vida de aquellos con los que trabajé en las Escuelas para que no fueran por la vida con cara de funeral. Algunos dicen que el retrato que hizo de mí el pintor Léger refleja la paz y la alegría interior con que intentaba vivir.

En los asuntos económicos recibí mucha ayuda de mis abuelos para gestionar la sustanciosa herencia de mis padres. En este aspecto, yo contaba además con mi salario como recitador oficial de oraciones diarias de la Catedral.

Mi hermana pequeña dejó el hogar para ingresar en un convento de monjas, y mis abuelos se encargaron del cuidado de mi hermana mayor y mi hermano menor. Así que, aunque legalmente yo era el responsable de todos mis hermanos, sólo tenía a mi cuidado a tres de ellos. Me siento bastante orgulloso de cómo se educaron: dos se hicieron sacerdotes y el otro fue un marido y padre ejemplar.

Como en todas las familias, tuvimos algunas tragedias. Además de la muerte inesperada de mis padres y de cuatro hermanos pequeños, mi hermana, la religiosa, murió a los 25 años, y mi hermano menor tuvo que ser enviado a un centro psiquiátrico de aquel tiempo.

La vida no fue siempre fácil para nosotros. Gestionar la herencia de mis padres y cuidar a mis hermanos me impedía continuar los estudios en la universidad. Tenía que encontrar un equilibrio entre todas estas ocupaciones y mi preparación para ordenarme sacerdote. Tal vez por esto nunca llegué a ser lo que algunos llaman un cura de sacristía, una persona alejada de la vida real, encerrada en un seminario o protegida por una familia rica. Y tal vez, también, ésta sea la razón por la que, más tarde, rechacé el clericalismo de la época.

Algunos sacerdotes se consideraban a sí mismos como una élite poderosa, como una nobleza dentro de la Iglesia. En mi vida tuve que relacionarme con muchos de ellos y, a la vez, vivir con personas rudas y maleducadas a las que ni siquiera hubiera elegido como sirvientes para mi casa. Creo que de no haber sido por ciertas circunstancias, yo también habría sido uno más de aquellos clérigos. Gracias a Dios, mis buenos amigos del seminario y la gente sencilla y pobre con la que traté me abrieron los ojos y aprendí a verles con los ojos de la Fe, como hijos de Dios y hermanos míos. Algunos de mis compañeros dijeron que yo era inteligente porque aproveché bien los estudios y terminé la carrera con la máxima calificación: "Summa cum laude".

Por lo que a mí se refiere, aunque llegué a sacar el doctorado en Teología, nunca me consideré un intelectual, sino más bien una persona práctica que hizo lo que creía que debía hacer en cada momento. Los estudios y las tragedias familiares de aquellos años llenaron mi cabeza de conocimientos y mi corazón de

experiencias inolvidables.

Esta etapa de mi vida entre 1672, cuando mis padres murieron, y 1678, cuando fui ordenado sacerdote, fue como una especie de adviento, un tiempo de espera. Esperaba mi ordenación sacerdotal, pero no tenía bien claro lo que quería hacer con mi vida como sacerdote. No estaba seguro de si deseaba seguir adelante con el tipo de vida relativamente cómoda que mi posición de canónigo y de doctor en Teología me permitían, o bien unirme a un grupo de sacerdotes celosos que trabajaban en la promoción de la gente sencilla. Tenía el sentimiento de que Dios me indicaría el camino de alguna manera. Y, ciertamente, no tardó demasiado en darme pistas a través de algunos acontecimientos que ocurrieron y de algunas personas que se cruzaron en mi vida por aquel entonces.

* **PRIMEROS CONTACTOS CON LAS ESCUELAS PARA POBRES**

Un íntimo amigo sacerdote me delegó como protector de una nueva Congregación de Religiosas dedicadas a la enseñanza, que -él había fundado. Así fue como empecé a interesarme por la educación de los niños y jóvenes, y a conocer personas que estaban comprometidas con aquel tipo de trabajo.

Un día, visitando a estas religiosas, coincidí en la puerta de la casa con Adrián Nyel. Una mujer rica le enviaba a estas religiosas como mensajero, desde la ciudad de Ruán. Traía el encargo de abrir una escuela para niños pobres en nuestra localidad. Después de hablar un rato con él, le invité junto con el joven que le acompañaba, a quedarse en mi casa hasta que hubiera finalizado la misión que se le había encomendado.

Nuestro hombre ha sido descrito por los historiadores como un "transeúnte" por naturaleza, una "luciérnaga" que brillaba por un momento y desaparecía sin terminar nada de lo que había comenzado. Ciertamente, era una persona emprendedora, siempre con los ojos puestos en la siguiente tarea, sin prestar demasiada atención a lo que en ese momento llevaba entre manos, pero creo que no es justo juzgarle mal. Este buen hombre de 53 años era una persona valiente y comprometida con la causa de los pobres. Llevaba ya unos 27 años fundando y dirigiendo escuelas. En su interior portaba algo que yo definiría como "destellos de valor y genialidad".

Ocupado en sacar adelante a mi familia, en asegurar la continuidad de la comunidad de religiosas y en retomar mis estudios del seminario, me veía a mí mismo, sobre todo, como un continuador de proyectos que otros habían iniciado. Nyel, con el que hice una buena amistad, era por naturaleza y por experiencia, un creador de proyectos. Pienso que él fue algo así como la chispa y yo el arbusto al que él prendió fuego. Juntos formábamos un equipo bastante bueno.

Para mí es justo decir que él fue la persona a través de la cual Dios me ayudó a

ver claro lo que debía hacer con mi vida. Dios se sirvió de él para ligarme para siempre al mundo de la educación. Ambos mirábamos en la misma dirección, la de los barrios pobres de las ciudades de toda Francia, y en particular, de los niños pobres que pululaban vagabundos por las calles de Reims. Pero no tenía ni idea de las dificultades que me esperaban: si lo hubiera sabido, no habría puesto encima ni la punta de un dedo.

Los años que van de 1679 a 1685 fueron claves para mí. Dios tomó las riendas de mi vida y yo me fui comprometiendo en decisiones arriesgadas que cambiarían el curso de ésta para siempre. Un biógrafo ha definido esta etapa como "años de encarnación e identificación con el mundo de los pobres". Más tarde invité también a mis Hermanos a hacer lo mismo, a dejarse guiar por Dios y ser capaces de ver a Jesús bajo los pobres harapos de los niños a quienes enseñábamos.

AÑOS Y SIEMBRA

*** GRANDES DECISIONES**

A los 28 años empecé a tomar las grandes decisiones que antes te indicaba, decisiones que me llevarían a otras cada vez más comprometidas. Algunos dicen, aunque yo no lo creo del todo, que el momento cumbre de mi vida estuvo en torno a los 30 años. Yo prefiero pensar que todo hombre está siempre en un proceso de crecimiento, continuamente madurando y desarrollándose como lo estás tú ahora. Pues bien, yo tenía esa edad cuando invité a Nyel y a su acompañante a pasar unos días en mi casa con el fin de ayudarle a abrir su escuelita para pobres. Esto puede parecerle insignificante a ti. Para mí, al mirar hacia atrás, aquella invitación fue un acto bastante impulsivo, casi como si "alguien" me empujase a hacerlo.

Nyel no era del tipo de personas que solíamos hospedar en mi casa. Además, sólo acababa de conocerle. Vestía de manera parecida a los clérigos de los pueblos que, a veces, venían a nuestra casa. Su presencia no llamó demasiado la atención entre mis familiares y vecinos. Su compañero tenía unos 14 años y para mí, ahora que lo recuerdo, fue como el símbolo de todos los jóvenes que llenarían nuestras escuelas y que los Hermanos llevaríamos siempre en nuestro corazón.

Junto con algunos sacerdotes amigos hice todo lo que estaba en mis manos para abrir la escuela y cuando creí que ya había terminado con ese proyecto, para sorpresa mía, otra señora rica, esta vez de nuestra misma ciudad de Reims, me pidió que abriera otra nueva escuela. Así lo hice, pero esta segunda escuela quedaba bajo mi entera responsabilidad, por ser yo quien había contratado a los maestros y quien consiguió que un párroco amigo les pagara un pequeño salario.

Lo siguiente que recuerdo es que, casi sin darme cuenta, me había convertido en el tutor y protector de estos maestros; rezaba con ellos, les daba instrucciones sobre cómo enseñar y les aconsejaba en sus problemas familiares y personales. Les alquilé una casa para que ellos y los de la otra escuela pudieran vivir juntos.

Dado que Nyel estaba con frecuencia fuera, en busca de nuevas escuelas que abrir, yo era el que tenía que resolver los problemas escolares que iban surgiendo cada día. Por ello, de vez en cuando invitaba a los maestros a comer a mi casa.

Al año siguiente, cuando cumplí los 30, tomé una decisión más importante aún: invité a todos los maestros, una media docena más o menos, a vivir en mi casa. Este hecho cayó como una bomba en la familia. Pensaron que me había vuelto loco. Uno de mis hermanos hasta se marchó de la casa. Los otros dos que se quedaron lo asumieron, aunque no hiciera mucha gracia que aquellos hombres, sin el refinamiento ni los modales de nuestra clase, vivieran con nosotros.

La noticia de que nuestros maestros dirigían las escuelas con eficacia se extendió rápidamente por las poblaciones cercanas a Reims. En poco tiempo abrimos cuatro nuevas escuelas. La gente se dio cuenta en seguida de que éramos realmente buenos enseñando lectura, escritura, cálculo y, sobre todo, religión. En esto último éramos auténticos especialistas. Dos siglos más tarde, el papa Pío X nos concedería oficialmente el título de "Apóstoles del Catecismo".

Una vez, regresando a Reims a caballo desde uno de estos pueblos; me sorprendió una terrible tormenta de viento y nieve. Perdí el camino y caí en un hoyo. Casi morí, tanto por la caída, como por no poderme mover y estar a punto de quedar allí congelado. La gente dijo que había tenido mucha suerte de salir vivo y que me salvé de milagro. Nunca llegué a recuperarme del todo de aquel accidente.

Años más tarde empecé a sufrir de reumatismo, particularmente en las rodillas. Los huesos, como se suele decir, tienen memoria.

Con el tiempo decidimos llamarnos Hermanos en vez de maestros de escuela y nos vestimos con un tipo de ropa que nos distinguía de los campesinos y de los clérigos. Tanto el nombre como el hecho de vestir todos igual, nos dio una cierta identidad que contribuía a sentirnos unidos y satisfechos de nosotros mismos, aunque algunos nos hicieran burla por las calles debido a la pobreza y sencillez de nuestro aspecto.

A medida que transcurrían los días, de paso en paso, de compromiso en compromiso, me sentía más y más atraído por el tema de las escuelas, de los maestros, de los niños pobres que instruíamos, y especialmente atraído por Dios que hablaba y actuaba a través de ellos.

No quiero ocultarte que algunos de nuestros hombres encontraron nuestra manera de vivir demasiado dura de sobrellevar y empezaron a quejarse. Entiendo

que era dura, porque las clases eran numerosas, la comida era escasa e insulsa, los muebles pobres, y el día largo y cargado

de horas de trabajo escolar y de tiempos de oración en común. Alguno de los primeros Hermanos murió de agotamiento y otros abandonaron el trabajo. Intenté inspirarles confianza en la Providencia de Dios, pero ellos me decían: "es fácil hablar de Providencia cuando se tienen las espaldas seguras con un salario de canónigo y una buena herencia familiar. ¿Y nosotros? No tenemos más que lo puesto".

Tenían toda la razón. Sólo las 1000 libras de mis honorarios como canónigo equivalían a cinco veces su sueldo. Con el fin de aclarar las ideas, decidí consultara un amigo que era un santo sacerdote. En muchas ocasiones de mi vida pude sacar las cosas adelante, gracias a que otros me echaron una mano. El consejo fue claro: "O saltas al vacío o abandonas. Date de lleno a esta misión que Dios pone en tus manos. Renuncia a tus privilegios, a tu posición bien remunerada en la catedral y da tu dinero a los pobres de la ciudad, que se están muriendo de hambre".

*** JUGÁRSELO TODO A UNA CARTA**

Había que jugárselo todo a una carta y eso exactamente fue lo que hice. Mi sitio en el coro de la catedral y el sueldo que representaba se lo entregué a un sacerdote pobre.

El invierno de 1684 y 1685 fue extremadamente cruel. Las malas cosechas, como consecuencia de las guerras, y una terrible ola de frío que azotó Francia, extendieron el hambre por todo el país. Ante tal situación convertí todos mis bienes en dinero y el dinero en pan. En poco tiempo me había quedado sin nada; ni una moneda en el bolsillo para asegurar el día siguiente. ¡Sólo Dios!

A partir de ese momento me sentí mucho más cerca de los maestros y de los niños de nuestras escuelas. Ahora podía decir con propiedad: "nosotros, los Hermanos". No había vuelta atrás. Había quemado todas mis naves. Los Hermanos nos habíamos convertido en seguidores radicales del Evangelio, con la confianza puesta en la Providencia, como las aves del cielo.

Al final de todo este tiempo abrí una escuela para formar maestros. Hay quien ha dicho que ésta fue la primera escuela en el mundo de este tipo. Tal vez tengan razón. Esta obra iba dirigida a la raíz misma de todos los problemas educativos de la época; la incompetencia de los maestros.

¿Te confieso un secreto? Siempre estuve convencido de que no hay en la vida un regalo mayor que la educación recibida de un gran maestro o maestra. Seguro que tus padres te dicen lo mismo. Durante toda la vida, éste fue mi gran sueño; poner excelentes maestros en las aulas de las escuelas.

En aquellos días, cualquiera podía ser maestro de escuela; no se necesitaba ningún título especial. Todo el que sabía medio leer o escribir podía ser maestro. Algunos eran casi ignorantes, rudos, inútiles para enseñar, porque no sabían como hacerlo, e incapaces de educar en buenos modales porque ellos no lo tenían. Ocupaban una de las clases laborales más bajas de Francia.

Si me preguntaras cuál me parece que fue la mayor contribución que pude ofrecer a la educación, te diría que fue reclutar y formar buenos maestros y hacerles sentirse orgullosos de su trabajo. Les ofrecí una profunda motivación religiosa. Les dije que eran hombres llamados por Dios mismo para una gran misión; ellos eran los Embajadores de Jesucristo y los niños a quienes enseñaban eran su mayor riqueza.

Así marchaban las cosas. Había cruzado el Rubicón, la suerte estaba echada. Ahora vivía todo el tiempo con los Hermanos. Teníamos un nombre, un hábito y una gran aceptación. Algunos empezaron a conocerme como el "sacerdote joven que había fundado a los Hermanos de las Escuelas Cristianas".

LOS AÑOS DE CRECIMIENTO

*** NACE EL INSTITUTO DE LOS HERMANOS**

Siempre he pensado en los años que acabo de describirte, desde 1679 a 1685, como el momento en que el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue engendrado en las entrañas de la historia por la mano de Dios. Aunque este nacimiento se haya fechado en el año 1680, creo que fue más fruto de un proceso que de un acontecimiento aislado.

En 1686 celebramos una Asamblea General. Al final de la misma, doce de nosotros hicimos voto de obediencia por tres años "para procurar con todas nuestras posibilidades y esfuerzos el establecimiento de la Sociedad de las Escuelas Cristianas".

Con el fin de celebrarlo nos fuimos de peregrinación al santuario de Nuestra Señora de la Alegría. Allí celebré misa en el altar de la Virgen y repartí la comunión a los doce Hermanos. Fueron unos días estupendos para mí, algo así como una luna de miel. Con 35 años cumplidos me sentía joven y vigoroso, capaz de afrontar esta aventura desafiante y apasionada a la vez.

Durante los seis años siguientes empezaron a surgir en el horizonte nubes oscuras cargadas de problemas. En poco tiempo me vi enfrentado a autoridades eclesíásticas, grupos de maestros que cobraban por enseñar, denuncias judiciales y muerte y abandono de algunos Hermanos. Para empeorar más las cosas, mi salud tampoco iba muy bien que digamos.

En medio de toda esta tormenta, tres de nosotros nos armamos de valor y nos comprometimos, mediante un voto, desde entonces y para siempre, hasta el último suspiro o la extinción de nuestra Sociedad, a mantener las escuelas. Con este fin permaneceríamos unidos y seguiríamos adelante aunque sólo quedáramos los tres y nos viéramos obligados a pedir limosna y vivir sólo de pan. Estábamos en 1691 y yo tenía entonces 40 años.

Con el Instituto situado ahora en varias ciudades de Francia, me aseguré de que las escuelas estuvieran sólidamente establecidas antes de ponerme a pensar en abrir otras nuevas. No quería cometer los errores de Nyel, quien, con la mejor intención y buen corazón, abría una escuela y volaba a otro lugar antes de que la primera hubiera echado raíces. Así las cosas, me había constituido en iniciador y continuador de las escuelas, ya que no deseaba que otros cargasen con lo que yo había comenzado. Nuestras obras se esparcieron por toda Francia de norte a sur. Incluso enviamos un Hermano a Roma para que abriera allí una escuela, como símbolo de nuestro afecto y unión con el Papa.

Creo que lo que más atraía a padres y alumnos a nuestras escuelas eran los Hermanos, hombres honrados, entusiasmados con su trabajo, con un buen dominio de las materias que enseñaban y expertos en llevar la clase. En pocas palabras, sabían lo que se traían entre manos y se sentían satisfechos de su labor.

Los muchachos valoraban todo esto y depositaban en ellos su confianza y su respeto. Los Hermanos amaban su trabajo, los demás maestros de mi tiempo lo odiaban; y lo que es más, poco a poco, eran conscientes de que, al desempeñar su profesión de educadores, respondían a una llamada de Dios.

* **Las mejores escuelas y los mejores maestros**

Como te dije antes, yo fui un muchacho de ciudad. A medida que fui creciendo comprendí que las escuelas en las ciudades eran más necesarias que en las aldeas. Se puede decir que las ciudades siempre han sido algo parecido a focos de fuego, desde los que se propaga la luz de la cultura a los más oscuros rincones del mundo circundante. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que los Hermanos ignorásemos las pequeñas poblaciones, pues muchísimos de los maestros seculares que formábamos ejercían su labor precisamente en las aldeas de campesinos.

Así pues, nos asentamos en zonas bastante pobladas, no sólo porque las escuelas tendrían de esta manera mayor influencia, sino porque no deseaba desperdigar a los Hermanos de manera indiscriminada, uno por aquí y otro por allá. No podía enviar a un Hermano a un pueblo donde sólo había unos pocos niños para una clase; porque el Hermano no podía vivir solo.

Siempre insistí en que los Hermanos vivieran en comunidades de al menos tres, para que pudieran apoyarse mutuamente. Además, estando juntos y cercanos, en aquellos momentos de aventura y dificultad, podíamos reunirnos para retiros y lo que tú llamarías hoy cursillos o talleres. Las dificultades nos unían más y éramos capaces de extraer del trabajo diario la alegría y la satisfacción de saber que estábamos haciendo algo realmente grande a los ojos de Dios, al convertir a aquellos "pequeños salvajes", como un sacerdote les llamaba, en jóvenes valientes y llenos de espíritu cristiano.

Algunos dicen que fui pionero en la implantación de ciertos métodos de enseñanza que llegué a descubrir, forzado por la necesidad. Por ejemplo, los Hermanos enseñábamos en francés, no en latín. Parece increíble, ¿verdad?, que hasta los niños más pequeños a finales del siglo XVII tuvieran que aprender latín para poder después enseñarles los contenidos de las asignaturas en esa lengua. Esto te dará una idea de la gran influencia de la Iglesia y de los clérigos en aquellos tiempos. Además, hablando claro, era la forma que tenía el Estado para mantener a los pobres en la ignorancia. Sólo lo ricos podían permitirse el lujo de aprender latín. Saberlo era cosa de "gente bien", ya sabes.

Desde los comienzos, me negué a todo esto, por principio y por necesidad. Nuestros alumnos eran niños y jóvenes pobres que trabajaban en talleres o en el campo y no se podían permitir el lujo de pasar demasiados años yendo a la escuela. Enseñarles primero a leer latín y después las otras asignaturas también en latín, era una solemne pérdida de tiempo. No te puedes imaginar la cantidad de críticas que llovieron sobre mí por esta innovación, de parte de los maestros de otras escuelas, de ministros de la Iglesia y de agentes del gobierno. Su gran razón para no cambiar era que había que "mantener a los pobres en su sitio".

Unos 50 años después de mi muerte, los Hermanos seguían recibiendo las mismas críticas porque con sus enseñanzas "desajustaban un sistema social" que mantenía a los ricos en "su sitio" y a los pobres en la servidumbre. Hubo alguien que acusó a los Hermanos, hacia 1760, de "arruinarlo todo enseñando a leer y escribir a quienes no debían aprender nada que no fuera cómo usar una pala, pico o una lima". Otro escribió que "la única forma de parar a los Hermanos debía ser forzarles a arar la tierra en lugar de dejarles cultivar la mente de las gentes que no necesitaban educación". El nombre de este último personaje era Voltaire, ¡uno de los grandes intelectuales de aquel tiempo! ¿Qué te parece?

Otra cosa que inicié fue enseñar a todos los alumnos a la vez por grupos o clases en lugar de enseñar a cada niño individualmente, como se venía

haciendo. Por increíble que parezca, los maestros, en aquellos días, sólo enseñaban a los niños de uno en uno, intentando, a la vez, mantener a los otros callados. Aquello era un desastre.

En nuestras escuelas se enseñaba a todos simultáneamente porque los niños que nos venían eran muchos y las clases muy grandes. Era imposible atender a un alumno individualmente mientras los demás esperaban su turno y hacían travesuras. El sistema de tutoría individual podía valer para los ricos que, en lugar de ir al colegio, pagaban a tutores para que fueran a enseñarles a sus casas. Nuestra Regla dice que el Instituto de los Hermanos fue fundado para educar a los hijos de artesanos y de los pobres, pues estaba claro que éstos no tenían ni los conocimientos, ni el tiempo, para enseñar a sus propios hijos.

No quisiera dar la impresión de que los Hermanos sólo ponían interés en enseñar las asignaturas, sin preocuparse de las personas. Juntos diseñamos muchas estrategias para personalizar la enseñanza. Una de mis principales obsesiones era que el maestro conociera a cada alumno de su clase, no como a un número, sino como a una persona. El, como "buen pastor", debía conocer a cada niño por su nombre. Nos preocupábamos tanto del progreso individual de cada alumno como del conjunto de la clase.

Yo quería que los Hermanos no sólo conocieran a sus alumnos, sino que les amaran con la ternura de una madre y con la firmeza de un padre. Quería que la educación que se les impartía estuviera adecuada a sus capacidades y necesidades. Si alguno era poco inteligente, pedía que los Hermanos le animaran y consiguieran elevarle a lo más alto de sus posibilidades; si el alumno era nuevo en la escuela, debían esforzarse en conocerle en profundidad y, sobre todo, que no le castigaran; si era testarudo y orgulloso, les dije a los Hermanos que le corrigieran en privado, nunca en público; si era tímido, les sugería que tuvieran paciencia con él; si era maleducado e inquieto, que le dieran algún cargo o responsabilidad en la clase, como por ejemplo, cuidar de los materiales de escritura, plumas, tinta, papel... Cada niño y cada joven, fuera cual fuera su condición, debía ser atendido y educado como si fuera hijo de un rey. Como ves, deseaba, sobre todo, que los Hermanos no sólo llegaran a "mover" las mentes de los niños, sino también sus corazones.

Enseñar así era una labor agotadora. Algunos de nuestros Hermanos jóvenes, que empezaban a vivir con nosotros, encontraban la vida demasiado dura, se desanimaban fácilmente y se marchaban. A uno de ellos le dije que no tuviera miedo, que empezara a enseñar aunque no lo hiciera del todo bien, ya que nadie es perfecto cuando se es nuevo en un oficio.

* **Nunca faltaron dificultades**

Poco a poco seguíamos abriendo más y más escuelas sin que faltaran dificultades de todo tipo. Al principio, cuando era más joven, me sentía con fuerzas para sacarlo todo adelante, pero con los años, el cansancio se iba acumulando sobre mis espaldas. De verdad te digo que nunca faltaron problemas. A veces luchaba incluso contra los párrocos para que pagaran el salario prometido a los maestros. Cuando no estaba declarando en un juicio para evitar pagar multas injustas, estaba recuperando el mobiliario escolar que nos había sustraído otro juez, o reparando el que nos habían destruido vandálicamente los maestros que nos odiaban. Un obispo nos criticaba y me mandaba llamar para que le explicara nuestra manera de vestir, otro para que le justificara por qué no enseñábamos en latín. Dos días antes de mi muerte, aún estaba citado a un juicio.

Con frecuencia, algunos de los sacerdotes que nos contrataban se entrometían en la marcha de la escuela o de la comunidad, con el fin de hacerse nuestros jefes y convertirnos en una simple congregación diocesana que ellos pudieran manipular a su antojo. Lo que más me dolía, y me hacía perder la confianza, es que muchas de estas persecuciones eran causadas por gente buena que no llegaba a comprendernos.

En nuestras escuelas no se cobraba absolutamente nada a nadie pero se enseñaba bien. Con el tiempo, no sólo los pobres, sino también algunos que no lo eran tanto, llamaron a nuestras puertas. Los maestros que cobraban nos denunciaron por ello. Un juez me sentó en el banquillo de los acusados como responsable de nuestra Asociación y nos condenó a enseñar sólo a los muy pobres. El problema estaba en cómo diferenciar exactamente a los pobres de los muy pobres. No nos parecía justo que alguien quedara fuera, si deseaba venir. En nuestras escuelas gratuitas, los niños iban aprendiendo a convivir unos con otros como hermanos, superando las barreras que las clases sociales establecían.

En uno de esos juicios, aparentemente fácil de ganar, perdí bastante dinero cuando un amigo mío rehusó declarar a mi favor. Fue un verdadero golpe bajo y me dolió muchísimo porque aquel dinero pertenecía a los pobres. A pesar de todo esto, los padres seguían trayendo sus hijos a nuestras escuelas porque las creían las mejores.

No desearía aburrirte con mis problemas de salud, pero ésta empeoraba por días y, tal como te pasa a ti, me pasaba a mí. Las cosas no se ven de igual manera cuando se está sano que cuando se está enfermo. Los dolores del reuma, que contraí cuando me caía la fosa con el caballo el día de la tormenta

de nieve, ¿recuerdas?, se recrudecían con frecuencia. La herida que tenía en la rodilla se me volvió a abrir cuando me caí en París sobre un estilete de hierro clavado en el suelo y tuve que guardar reposo durante casi seis semanas. A todo esto se añadieron fuertes dolores de cabeza, tal vez como consecuencia de tantas preocupaciones sobre las escuelas, los juicios, la oposición de la gente y el estado de mi propia salud. No quiero hacerme pesado con todo esto, pero aún me quedaría por añadir los ataques de asma que me acompañaron hasta los últimos días. Me sentía verdaderamente crucificado.

Como ves, los días felices que te conté quedaban atrás, desvanecidos en el aire; ahora, vivía tiempos de prueba. En medio de todo este laberinto, la ayuda de los Hermanos, el recuerdo de la presencia de Dios y de Jesús en nuestras vidas y en nuestro trabajo, me daban una fortaleza especial. Años después decidimos que la expresión "Viva Jesús en nuestros corazones" sería la contraseña de nuestra Comunidad, algo así como nuestro particular "grito de guerra" al iniciar y terminar todas nuestras acciones. Si conoces a los Hermanos, seguro que se lo has oído alguna vez. Si no, díselo y espera a ver qué te responden.

*** ORGANIZACIÓN DE LAS ESCUELAS Y COMUNIDADES**

Mi vida en estos años fue realmente muy agitada. Me pasaba los días visitando las comunidades y a los chicos en las escuelas, casi siempre viajando a pie. Por entonces, había únicamente tres formas de desplazarse: la diligencia, el caballo y a pie. Como puedes suponer, ni se nos pasaba por la imaginación que algún día se inventasen los trenes, autobuses o aviones. Viajar en diligencia o a caballo era muy caro, así que había que hacerse los caminos a pie, ya lloviera, granizara o hiciera sol.

Un mes de julio recorrí el camino de Reims a París, unos 130 kilómetros en tres días para visitar a un Hermano muy enfermo. Cuando llegué ya había muerto. Le quería mucho y no pude aguantar las lágrimas. El agotamiento del viaje y el dolor de la muerte del Hermano me hicieron caer muy enfermo. Al día siguiente los Hermanos llamaron a un sacerdote para que se responsabilizara de mi alma y a un médico para que se encargara de mi cuerpo. Agonizaba entre dolores ocasionados por una retención de orina y por el reumatismo. El médico dijo que el tratamiento que me iba a dar o me mataba o me curaba. Lo primero estuvo a punto de cumplirse, pero, gracias a Dios, seis semanas después estaba caminando de nuevo. Nunca hablé ni escribía los Hermanos sobre mis dolencias. Ellos tenían ya suficiente con sus propios problemas.

Cuando no estaba fuera, de visita a las comunidades o a las escuelas, me dedicaba a sustituir a los Hermanos en las clases o a escribirles cartas.

Procuraba escribir a cada uno al menos una vez al mes. Si hubiera vivido en tu tiempo habría sido más fácil con el teléfono o por internet.

Algún biógrafo se ha molestado en contar las cartas que escribí y dice que fueron unas 18000. Tal vez sea verdad, ¿quién sabe? De todos modos, procuraba que fueran cartas llenas de aliento. Sus respuestas también me daban ánimos a mí para seguir adelante. Era algo así como un acompañamiento espiritual por correo, pero yo prefiero considerarlas como correspondencia entre amigos y Hermanos. Además, ya que viajar era tan dificultoso, esta forma de comunicación era práctica, afectuosa y barata.

Durante los inviernos de 1694 y 1695, cuando el reumatismo me tenía inmovilizado, empecé a escribir libros de una manera más continua. A partir de esa fecha y hasta mi muerte, dediqué un gran esfuerzo y tiempo a esta labor de escribir o revisar ediciones de nuestros libros. Se puede decir que este cometido se convirtió en mi principal ocupación, una ocupación que me exigía la buena marcha de las escuelas y de las comunidades. En total, se puede hablar de una docena de libros. Algunos de éstos fueron fruto del esfuerzo común de todos los Hermanos, como es el caso de las "Reglas" para nuestra vida religiosa y la "Guía" para el Buen Funcionamiento de las Escuelas. Todo lo que se dice en estos libros ha sido experimentado y ha estado sujeto a correcciones y mejoras durante unos 40 años.

Me preocupaba, en especial, la vida de oración de los Hermanos y de los alumnos. Para los primeros escribí un método de oración mental y varios libros de meditación; y para los segundos, libros con oraciones. Deseaba que los Hermanos fueran capaces de grabar la Palabra de Dios en sus corazones y en los de los niños a quienes enseñaban. Quería que todos profesaran igualmente un sincero amor por la Madre de Dios y por San José, a quien propuse como patrono de nuestro Instituto.

Para evitar que la enseñanza fuera pesada y tediosa, compuse letras de canciones religiosas utilizando melodías populares de amor o de fiestas. También envié a la imprenta libros de texto, siempre con la ayuda de los Hermanos. Algunos de éstos se vendieron muy bien, en especial un catecismo en tres volúmenes del que se hicieron más de 250 ediciones. Otro muy popular, con más de 100 ediciones, fue el que redacté sobre "Reglas de Cortesía y Urbanidad". El escritor inglés Matthew Arnold dijo que a este libro se le podía considerar como un pequeño clásico. ¿Qué te parece?

* INTENTO DE RETIRADA

Como ves, la mía fue una vida muy completa. No te oculto que al cumplir los 60 me sentía físicamente exhausto y, lo que es peor, psicológica y espiritualmente agotado. Sin querer lamentarlo, por supuesto, mi vida se había convertido en algo así como un "pan compartido" a disposición de los Hermanos y de sus alumnos. Poco a poco empecé a sentirme vacío. Comenzaba a vivir en mi propia carne lo que San Juan de la Cruz llamó "la noche oscura del alma". Tus médicos dirían que padecía de una depresión nerviosa o de estrés, pero no era del todo eso. Me invadía el sentimiento de que había hecho mi trabajo y que ahora debía retirarme de las Escuelas, por mi propio bien y por el del Instituto que había fundado. Después de una vida de actividad voraz y de ver muchos de mis objetivos logrados, pensé que estaba de sobra. Además, me creía el único culpable de muchos de los problemas que antes te conté. Estaba quemado, agotado.

En 1712, cuando fui a visitar a los Hermanos al sur de Francia, me quedé allí más de dos años. Pasé largas temporadas en algunos monasterios intentando poner orden en mi interior y pidiéndole a Dios que me guiara. Recuerdo con especial cariño los días de paz que disfruté en una ermita sobre la colina de Parmenia. Allí vivía una santa mujer a quien las gentes del lugar visitaban para pedir consejo y oraciones.

Esta pequeña etapa de tranquilidad terminó bruscamente, cuando los Hermanos de París me enviaron una carta ordenándome que regresara. Decía así: "Señor y padre nuestro: ... reconocemos que es de capital importancia que usted vuelva a tomar las riendas y el cuidado de esta obra de Dios, que lo es también suya, puesto que ha sido del agrado del Señor el servirse de usted para fundarla y guiarla desde hace tanto tiempo...". Si la carta hubiese sido sólo una sugerencia, creo que no habría vuelto, pero aquello era nada menos que una orden! Al fin y al cabo, podían actuar así; yo les había dado mi palabra de obediencia y aquella palabra fue de unión a ellos de por vida. Estábamos en 1714, tenía ya 63 años. De nuevo me puse en camino y volví con los Hermanos con la actitud de Samuel ante Dios en la Biblia: "Aquí me tienen. ¿Qué quieren de mí?".

Cuando todo se hubo tranquilizado un poco, pensé que había llegado el momento de transferir el gobierno del Instituto a los Hermanos. Ya lo había intentado antes pero entonces no fue factible. De hecho, en una ocasión se armó una verdadera gresca cuando un arzobispo intentó poner en mi lugar a otro sacerdote. Ahora era diferente. El Instituto estaba firmemente establecido y había llegado la hora de que otro tomara el timón de nuestra nave con mayor energía y decisión.

* **Cuando la vida empieza de nuevo**

Dos años después de mi regreso reunía los 16 Hermanos responsables de alguna de nuestra obra y, por fin, pude persuadirles de que eligieran uno que fuera su nuevo guía. Así lo hicimos. Durante dos años disfruté de ese descanso, pero sabía que se acercaba la hora de iniciar una nueva andadura hacia aquel lugar donde la vida empezaría de nuevo. Yo amaba la vida, esta vida, pero en el fondo del alma sabía que lo mejor de todo estaba por llegar. Este pensamiento comenzaba a sonar como una suave melodía dentro de mí.

Poco antes de mi muerte, como consecuencia de un malentendido con un párroco sobre el funcionamiento de un internado de delincuentes que nosotros dirigíamos, aún recibí un comunicado del arzobispo informándome que se me prohibía ejercer de sacerdote en la diócesis y que perdía todas mis facultades como tal. Sin ponerme melodramático sobre esto último, pienso que se puede decir que el Señor me pedía apurar su Cáliz hasta la última gota.

En las biografías que se escribieron de mí se dice que, cuando fallecí, el día de Viernes Santo de 1719, a la edad de 68 años, había gente por la calle exclamando: "Ha muerto el santo". Recuerdo que unos veinte años antes una mujer me llamó santo y me reí con todas mis ganas. Hice lo mismo después de partir hacia el Padre. Hoy, aún me hace gracia.

Un sacerdote amigo, un Hermano y mi propio sobrino se pusieron al poco tiempo, pluma en mano, a escribir mi vida. Reconozco que estos y otros biógrafos no lo hicieron del todo mal, pero ponían tanto empeño en proclamarme santo, que olvidaron que, antes que nada, fui una persona. Algunas de las cosas que dicen son verdad, otras no fueron así, pero, en general, ninguno ha sido capaz de acertar con lo que realmente me movió a actuar.

Hay un estudio, con todo, que ha llegado al fondo de la cuestión. El autor del mismo, un Hermano, ha dicho que cuando compuse mis "Meditaciones para el Tiempo del Retiro", también escribí la historia de mi vida. Tenía razón. Cuando uno escribe, siempre se describe a sí mismo. De hecho, todo lo que te acabo de contar sería más bien mi segunda autobiografía, pero hay una gran diferencia entre las dos. Estas Meditaciones son un verdadero reflejo de lo que fue mi itinerario espiritual. Lo que te he contado aquí, no pasa de ser una mera descripción de algunos de los acontecimientos más llamativos, y apenas dice algo de lo que fue mi odisea espiritual.

Esas 16 Meditaciones describen una experiencia primordial. El autor del estudio especula que, cuando las escribí, yo era como un intrépido alpinista

que había escalado algunas montañas escarpadas, y al llegar arriba, pudo contemplar los caminos y veredas por los que hubo que pasar.

Lo que verdaderamente vi al final de mi vida, al escribir estas Meditaciones, fue que Dios me había ido empujando hacia esta misión con suavidad y con firmeza a la vez. Yo sólo fui una herramienta en sus manos. El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es una obra de Dios, no del hombre. Por eso insistí tanto en que el fundamento de la vida de los Hermanos es el "espíritu de fe". Les pedía que miraran los acontecimientos y las personas con los ojos de Dios. El Hermano es un sarmiento unido a la vid, que es Cristo; es un colaborador de Dios, un ángel de la guarda y un hermano mayor para sus alumnos. También les insistí en el "celo", en el entusiasmo y el ardor que hay que poner en lo que se hace, como otro de los cimientos de nuestro Instituto. El celo no es otra cosa que la fe desbordada en amor, el amor de Dios, un gigantesco río de gracia sobre el mundo.

En el año de 1900 la Iglesia me incluyó en la lista de los santos. No se trataba sólo de mí. La Iglesia Universal reconocía también el trabajo y el valor de los hombres de cuya vida te contaré algo en la última parte de mi carta. Puedes decir con toda seguridad que fui proclamado oficialmente santo porque el centenar de hombres que vivieron conmigo y los que nos seguirían fueron santos. ¡Miles! El 24 de mayo de 1900, el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sí, este grupo de santos y pecadores, fue proclamado santo aquel día.

¿Y tú? Mi peregrino compañero de viaje, ¿has soñado alguna vez en ser santo, en hacer de Jesús y de los hombres tu única opción?

LA COSECHA

Bueno, ya has visto todo el ruido que se hizo con mi vida y mi muerte. Tal como te mencioné antes, Dios me guió siempre mediante las circunstancias y las personas con que me tropezaba. Todo lo que hice fue seguir el camino que el dedo de Dios me indicaba, y cuando me llegó la hora de encontrarme definitivamente con Él, no fui capaz de decirle: "Espera un momento, Señor, aún me quedan unas pocas cosas por hacer". No, me llamó y allá fui.

Hoy, los que forman la extensa Familia de La Sallé dicen que nunca llegué a morir, que sigo vivo en los Hermanos y Hermanas de La Sallé que han seguido mis pasos y se extienden ahora por todo el mundo. Alguno ha dicho que el Instituto es "la casa de Juan Bautista De La Sallé en este mundo". Somos una multitud de personas que entregaron su vida en el pasado y otros que la siguen entregando hoy. Millones de seres humanos han compartido nuestro espíritu y

lo siguen compartiendo. Hoy, somos varios millares de Hermanos, unos centenares de Hermanas y miles de Profesores seculares. Vivimos la fe cristiana y la expresamos en el amor a niños, jóvenes y adultos de los cuatro puntos cardinales.

Estamos presentes en todos los continentes. En Europa, nos puedes encontrar en: Portugal, España, Francia, Polonia, Rumania, Inglaterra, Irlanda, Alemania, Austria, Suiza, Italia, Grecia, Malta y Turquía... En África, trabajamos en Benín, Burkina Faso, Camerún, Costa de Marfil, Egipto, Eritrea, Etiopía, Madagascar, Isla de la Reunión, Congo, Nigeria, Guinea Ecuatorial, Togo, Sudán, Chad, Sudáfrica, Ruanda, Mozambique... En Asia, estamos en Hong Kong, India, Japón, Malasia, Myanmar, Filipinas, Sri Lanka, Singapur, Tailandia...; y más al sur, en Australia y Nueva Zelanda... En América, hay Centros de La Salle en: Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Estados Unidos, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Perú, Paraguay, Puerto Rico, República Dominicana, Venezuela... Y también en Israel, Jordania, Líbano, ... y así hasta 83 países. Si no he mencionado el tuyo, puedes añadirlo en los puntos suspensivos. Representamos cientos de culturas grandes y pequeñas. Algo de lo que me siento sumamente orgulloso es de ver hoy que aquel primer grupo de maestros se ha convertido en una familia de Hermanos de todas las razas. Para nosotros, sólo cuenta el color del corazón del hombre tal como Dios lo ve.

En resumen, somos una pequeña muchedumbre. Dirigimos y animamos escuelas y nos preocupa seriamente la calidad de la enseñanza. Nos tomamos las cosas en serio para ayudar lo mejor posible y ofrecer los medios más adecuados a nuestros alumnos y a sus familias. Queremos que nuestros jóvenes triunfen en* la vida, pero, sobre todo, deseamos que sean excelentes personas y cristianos comprometidos.

Para lograr este objetivo realizamos todo tipo de trabajos educativos: enseñamos en escuelas infantiles, primarias y secundarias; preparamos competentemente a los jóvenes para profesiones artísticas, sociales o científicas; damos clases en seminarios y también en prisiones y centros de rehabilitación de delincuentes o drogadictos. Bajo el mar, enseñamos biología marina y sobre la tierra, técnicas de agricultura. Dirigimos internados y casas de acogida para niños de la calle. Estamos en los barrios más pobres de las ciudades y también en el centro de las mismas.

Ofrecemos nuestros servicios educativos a los que preparan su doctorado y a los que han sido expulsados de otros colegios o no han sido capaces de sacar los estudios primarios. Formamos catequistas en las parroquias y colaboramos en los servicios pastorales de las diócesis. Mantenemos centros

para los hijos de presos y universidades para lanzar a los jóvenes al mundo laboral con la mejor preparación posible. En nuestros centros se educan, junto con los cristianos, jóvenes judíos, musulmanes, budistas, hindúes y sintoístas. En nuestros claustros también hay Profesores de estas religiones. Desearíamos ser todo para todos de una manera inteligente, generosa y llena de fe.

Debido a esta diversidad de profesionales de la enseñanza inspirados en nuestro estilo educativo, fui nombrado por Pío XII Patrono Universal de todos los maestros. Ellos, los maestros, son mi pasión. Hoy, después del Concilio Vaticano II, las puertas de nuestras escuelas se han abierto con gozo y confianza ilimitada a casi 100 000 profesores laicos. Son hombres y mujeres profesionales de la educación, catequistas y colaboradores que desean compartir con los Hermanos la misma misión evangelizadora y educativa, unidos en la Asociación La Salle.

Dos congregaciones femeninas de religiosas se han sumado a nuestra familia en el siglo XX. Unas se llaman "Hermanas Guadalupanas de La Salle" y surgieron en México y las otras "Lasallian Sisters" o Hermanas Lasallanas y son originarias de Vietnam. Sus comunidades se extienden por México, Brasil, Colombia, Bolivia, Estados Unidos, Filipinas, Madagascar y Vietnam, siempre al lado de los niños y niñas más necesitados. Igualmente, han nacido y crecido con el espíritu de La Salle el Instituto Secular de la Unión de Catequistas de Jesús crucificado y de María Inmaculada, y la Fraternidad Signum Fidei, con estilo de vida propio y vuelto especialmente a los pobres.

Cada año, muchachos y muchachas, jóvenes y valientes, siguen uniéndose a nosotros con el deseo de buscar a Dios allí donde yo también lo encontré y de formarse para ser los Hermanos y Hermanas del mañana. Como ves, cuando Dios empieza algo, esto no tiene fin. Él plantó la semilla de la Familia La Salle en Francia hace más de 300 años, y esa semilla se ha convertido en un gran árbol con sus ramas extendidas por todo el mundo. Yo sólo me coro~ una parte de ese árbol. Así pues, no tuve mucho que ver con todo esto. Bueno, sí lo tuve, pero no demasiado.

Imagino que Dios se sirvió de mí para depositar la semilla y fue preciso morir para que el árbol pudiera echar raíces, crecer y dar fruto. Tal vez sea esta la razón de tanto sufrimiento y dificultades en esta vida.

Si lees alguna biografía mía, no te olvides de lo siguiente: lo que hizo nacer el Instituto fue sólo la acción de Dios a través de la gente y de las circunstancias. Dios sabe muy bien lo que yo siempre dije, que el Instituto es cosa suya, no

mía. Mis últimas palabras fueron: `Adoro en todo la voluntad del Señor en mi vida".

Hasta aquí estos renglones que recogen los acontecimientos esenciales de mi vida. Termine despidiéndome de ti, como lo hacía de mis Hermanos en las cartas que les dirigí: "Ruego al Señor que te colme de sus gracias. Soy, querido Hermano, todo tuyo en Nuestro Señor".

CONCLUSIÓN

Amigo lector. Quien te habla ahora es el Hermano Leo Kirby. Alentado por algunos amigos escribí esta "autobiografía" de San Juan Bautista De La Sallé en 1980. Hoy tengo una sorpresa para ti. Cuando se termina esta traducción de mi obra en español, me encuentro ya junto al hombre que puso fuego en mis venas y cuyo estilo de vida inspiró el mío, Juan Bautista De La Sallé. Tal vez todo esto te parezca una tontería. Los muertos nunca escriben su vida ¿verdad? Tienes razón, pero no toda. La vida de los grandes santos queda siempre grabada en la memoria del pueblo cristiano y su ejemplo es imitado por jóvenes de todas las generaciones. Su testimonio es como un grito de vida cuyo eco nunca se apaga.

Esta "autobiografía" es una mezcla de fantasía y realidad. Fantasía en el sentido de que un hombre del siglo XX escribe la vida de otro del siglo XVII. Realidad en el sentido de que la vida descrita es la de un hombre real. Pienso que el mundo de la fantasía siempre ha ejercido un gran atractivo para las gentes de todas las épocas y lo sigue haciendo. Piensa si no en las películas de Disney o en las últimas de temas galácticos o de héroes del comic. Esta "autobiografía" de San Juan Bautista De La Sallé quiere tener ese toque de fantasía sin perder su profundo realismo. Espero que no te haya aburrido.

Como seguidor de La Sallé durante 59 años, creo que puedo atreverme a decir: "Yo, Juan Bautista De La Salte". Todo el que pertenece a la Familia La Sallé es un recuerdo vivo de su presencia en el mundo de hoy.

Un aviso: no te dejes engañar por la manera en que Juan Bautista quita importancia a sus logros. Fue todo un genio pionero en el mundo de la enseñanza, así como un revolucionario que se rebeló contra la injusta opresión de los pobres. No estudió Teología de la Liberación, él la vivió. Nadie le oyó nunca vanagloriarse de sus obras, pero es lógico que sus discípulos lo hagan.

La Sallé es un gran santo y un gran héroe para estos tiempos. Vivimos una época de grandes ansiedades, miedos y desigualdades sociales. En todos los países hay personas que sufren y esperan una mano que les ayude a salir de su miseria humana o espiritual.

En tiempos de La Sallé se vivieron guerras y rumores de guerras y hoy, como ayer, nuestro planeta sigue sangrando a causa de la violencia, la emigración, el hambre o los fundamentalismos religiosos. Aunque se hable de que ya ha terminado la Guerra Fría, todos sabemos que la amenaza de un holocausto nuclear sigue revoloteando sobre nuestras cabezas. A todos se nos pide hacer frente a la injusticia con el realismo y la fe con que lo hizo La Sallé. Se trata de ser capaces de ver a Jesús vivo en nuestra vida y ser conscientes de que él confía a tus manos la posibilidad de transformar el mundo que te rodea.

Muchos de los héroes que hoy viven de la fama que les proporciona el dinero o el dominio, de cierta destreza en el deporte, la política, la música o el cine, el recuerdo de su nombre se lo llevará la primera brisa del olvido que sople. Pero hay también héroes y heroínas que se lo han jugado todo por Dios, y su vida y su muerte han abierto nuevos caminos de libertad y dignidad para el hombre, ¿quién no ha oído hablar de Gandhi, de Luther King, del Padre Maximiliano Kolbe, del obispo Oscar Romero o de la Madre Teresa? Añade muchos otros hombres y mujeres no tan conocidos, pero cuyos nombres están inscritos en la misma página del libro de la vida.

Además, quiero que te fijas en estos otros héroes de todos los días. Son gente normal como tus padres, o algún otro familiar; la hermana de algún amigo tuyo que cuida a sus padres ancianos; el profesor que va más allá del contrato laboral, para ayudar a triunfar a los más retrasados de la clase; la esposa a quien el cáncer le arrebató su marido y es capaz de ponerle ilusión a la vida y sacar a sus hijos adelante con una sonrisa en los labios y una gran confianza en Dios; el soldado que elige correr el riesgo de recibir un balazo en alguna misión humanitaria de pacificación o de atención médica; los que ofrecen su tiempo y su amor en recuperar a jóvenes drogadictos o en otros tipos de voluntariado. Ellos, créeme, son auténticos héroes de tu mundo.

Te he presentado la vida de un gran hombre, de un santo. Él se hizo así. No nació así. Entregó su vida para que los niños analfabetos y abandonados de Francia y de todo el mundo pudieran llegar a ser conscientes de su gran dignidad como hombres y como hijos de Dios

Se vació a sí mismo en entrega total para que otros llenaran su vida de felicidad. Fue un trozo de pan que se reparte a los hambrientos del mundo. Hizo lo que tenía que hacer. Respondió a Dios: "Aquí estoy, aquí me tienes". Cada vez que la vida le pedía un sacrificio para que otros pudieran tener, vida, él dijo: "Sí".

Este hombre no es un santo de escayola, tuvo carne y huesos, mente y corazón. No fue un fantasma flotando entre el cielo y la tierra, sino más bien, al igual que su Instituto, un árbol que hunde sus raíces en la tierra fértil de la fe y

la confianza en Dios y extiende sus ramas hacia el cielo. Fue y sigue siendo un hombre de los que unen el cielo con la tierra.

Él dijo "Sr a la vida.

Joven, tú tienes ahora la tuya en tus manos.

¿Te animas?

Hno. Alberto Gómez De La Salle

MEMORIA SOBRE LOS COMIENZOS DEL INSTITUTO

"Yo suponía que la dirección que yo aceptaba de las escuelas y maestros, sería sólo externa, que no me comprometía más que a proporcionarles subsistencia y a orientarles para que ejercieran su propio empleo con piedad y aplicación".

"Si Dios, al mostrarme el bien que podía procurar el Instituto, al mismo tiempo me hubiera descubierto las penas y las cruces que lo debían acompañar; me hubiera faltado valor y no me hubiera atrevido a poner en él la mano, cuanto menos hacerme cargo del mismo". Y repetía sonriendo: "Ni la punta del dedo meñique".

`Acorralado por la contradicción, me he visto perseguido de muchos. Prelados, incluso, de los que más apoyo esperaba. Algunos de mis propios hijos se han levantado contra mí. Y las cruces exteriores se han agravado con otras interiores, que son las más sensibles".

"Si Dios no hubiera apoyado con su mano de manera muy visible este edificio, hace mucho tiempo que estaría sepultado bajo sus mismas ruinas". "Jamás había pensado en ello. Y, si por ventura, yo hubiera sospechado que las atenciones que, por pura caridad, presté a los maestros de escuela, iban a desembocar en el deber de cohabitar con ellos, los habría abandonado. Pues, por natural repugnancia, sentía muy poca consideración hacia los primeros que hube de emplear en la escuela; el solo pensamiento de que era preciso vivir con ellos, se me hacía insoportable".

Y añadía sonriendo, como evocando todo a la vez, maravillado de la estrategia de arriba: "Dios, que conduce todas las cosas con sabiduría y dulzura, y no suele forzar la inclinación de los hombres, queriendo aplicarme enteramente al cuidado de las escuelas, lo hizo de manera imperceptible y a largo plazo, de forma que un compromiso me llevase a otro, sin haberlo previsto desde el comienzo" (La Salle).

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE
PATRONO DE TODOS LOS MAESTROS
CRISTIANOS

Breve Pontificio QUOTAIT de S. S. P. Pío XII,
15 de mayo de 1950

Dice San Buenaventura que "solamente es Doctor verdadero quien puede imprimir la hermosura, infundir la luz, dar la virtud al corazón el oyente". Y esto debe recordarse principalmente en estos tiempos, en los cuales vemos a menudo que la educación infantil, no sólo se aleja de la formación en las buenas costumbres, sino que se desarrolla bajo nocivas influencias que alejan a las almas de Dios.

Por eso, la Santa Iglesia siempre ha asistido a quienes se dedican a formar a los adolescentes en el bien, puesto que, de ellos depende en gran parte la formación en la piedad cristiana.

Existió un varón lleno de luz, **JUAN BAUTISTA DE LA SALLE**, quien por sí mismo y por la Congregación de Maestros Educadores por él fundada, formó a los niños y los forma todavía, con excelentes normas y prácticas. A él se debió el adelanto en las Casas de maestros y la preparación sapientísima de los educadores. Además, estimó tanto el arte de enseñar, que no quiso iniciar en el sacerdocio a los Educadores por él fundados, a fin de que no se aparten de esta labor excelente.

Por este motivo, para que quienes se entreguen a la tarea de enseñar a los niños y jóvenes tengan un modelo que imitar y un ejemplo que seguir, practicando sus virtudes, el Instituto de La Salle, por medio de su Procurador, ha pedido que sea declarado Patrono de los Maestros Cristianos...

Así, persuadidos de que debe atribuirse la máxima importancia a la educación de la juventud, y para que aquellos a quienes está confiado el trato con las almas de los niños o se preparan para ejercer esta labor, tengan un estímulo que los aliente en este camino, hemos considerado oportuno atender esta petición.

Y por lo tanto, después de madura deliberación y de un mejor conocimiento del tema, en virtud de la plenitud de nuestra Autoridad Apostólica.

Constituimos y declaramos a San Juan Bautista De La Sallé, confesor, principal patrono ante Dios, de todos los maestros consagrados a la educación de los niños y adolescentes.

Lo hacemos con todos los honores y privilegios litúrgicos que tienen los Santos Patronos principales. Y queremos que estas Letras Apostólicas permanezcan siempre firmes y válidas.

Lo damos y fecharemos en Roma, en la fiesta de San Juan Bautista De La Sallé, a 15 de mayo de 1950, duodécimo de nuestro Pontificado.